LOS RADIOAFICIONADOS, HEROES ANONIMOS EN LA GESTA DE MALVINAS
Desde 1975, de modo similar a lo ocurrido en

la II Guerra
Mundial,
la Fuerza
Aérea Argentina había adoptado el procedimiento de complementar
la cobertura del sistema de detección electrónica, es decir la vigilancia por
medio de radares, con Redes de
Observación del Aire, conocidas con la sigla (ROA).
En 1978, ante la inminencia con conflicto armado con Chile por las islas
Picton, Lennox y Nueva en el Canal de Beagle, se requirió la colaboración
voluntaria de los radioaficionados, llamándolos a las filas del Comando de
Operaciones Aéreas en base a las disposiciones relativas al servicio de

la Defensa
Civil.
Colegas con capacidad y experiencia como operadores de radio, con sus
propios equipos de comunicaciones, fueron desplazados al sur del país para
conformar los Puestos de Observadores del Aire (POA), que tenían por misión
vigilar el espacio aéreo y alertar sobre la presencia de aviones o desplazamiento de tropas en el
terreno. Las novedades debían
reportarse a los Centros de Filtraje (CF) del Centro de Información y Control
del cual dependían.
Superada esta instancia, prosiguió utilizándose
la ROA en distintas ejercitaciones
de defensa aérea, incrementándose el número de
voluntarios.
En 1982, cuando el Conflicto del Atlántico Sur por la recuperación de
las Islas Malvinas, el Comando de Defensa Aérea mantenía activado el mecanismo
de convocatoria de radioaficionados. Por ese motivo, cuando le fue solicitado
por el Sector de Defensa Malvinas, en pocos días movilizó y trasladó a las islas
a 19 radioaficionados pertenecientes al Radio Club
Córdoba.
Estos fueron trasladados como civiles el
día 15 de abril en virtud de los decretos del Poder Ejecutivo Nacional, sujetos
a leyes y reglamentos aeronáuticos militares, al no pertenecer ninguno de ellos
a los cuadros de la reserva ni poseer jerarquía militar.
Este grupo voluntario no vaciló en dar probadas muestras de patriotismo,
sacrificio, valor y desinterés.
Salieron del aeropuerto de Pajas Blancas de la capital cordobesa por vía
aérea rumbo a Comodoro Rivadavia el día 19 de abril antes del mediodía. Eran los únicos ocupantes del avión que
llevaba sus bodegas repletas de
municiones. A muchos de ellos
fueron sus familiares a despedirlos.
Varios eran casados y con hijos pequeños, y sus edades iban de los
30 a los
55 años de edad.
Como no les entregaron uniforme de combate, cada
uno llevó la ropa de abrigo que disponía.
También sus propias frazadas, velas, linternas, prismáticos, platos,
jarros, cubiertos, sevillanas, botiquines y por supuesto sus handys. No faltó el visionario que sugirió
comprar unas cuantas petacas de cognac “Tres Plumas”, que fueron disimuladas en
los bolsos. Por la tarde, llovía
cuando descendieron en Comodoro Rivadavia.
Tras las presentaciones fueron llevados a
dependencias de la IX
Brigada Aérea, donde se agregó al grupo Norberto Poletti,
radioaficionado de Haedo con licencia LU5DLE, quien unos días antes también
había sido convocado por
la Fuerza Aérea y enviado a Comodoro Rivadavia para
cubrir tareas de escucha en el espectro radioeléctrico, al estar ya informados
que la flota británica se desplazaba hacia Malvinas.
Al anochecer tras una recorrida por el centro
comodorense, cenaron todos juntos en un local cercano a
la Terminal de ómnibus, y
tras pasar la noche en
la Brigada , al día
siguiente, 20 de abril, fueron embarcados en la gigante bodega de un Hércules,
uniendo el continente con Puerto Argentino en dos horas.
En el aeródromo fueron recibidos por el Brigadier Castellanos cuando aún
iluminaban tenuemente los rayos del sol sobre la capital
isleña.
Se alojaron en el hangar del propio aeródromo,
un enorme galpón que también daba albergue a los integrantes del Grupo
de Operaciones Especiales (GOE) de
la
Fuerza Aérea , y donde a su vez se ensamblaban
los helicópteros Bell 212, traídos desde el continente parcialmente desarmados
en los Hércules.

Es en ese mismo lugar, a las pocas horas de
pisar Malvinas, y mientras aguardaban los destinos para cumplir la misión
asignada, el mismo 20 de abril de 1982, en una reunión decidieron fundar el
Radio Club Islas Malvinas ante la presencia de Lucio Eduardo Mansini LU3EM,
quien como Jefe de
la
Sección Principal de
la Secretaría de
Comunicaciones (SECOM), junto a otros funcionarios de

la Empresa Nacional de Correos y
Telecomunicaciones (ENCOTEL) había sido enviado a Malvinas a
cumplir labores específicas y se hizo presente en dicho
lugar.
Fue el propio Mansini quien en una decisión sumaria antes de la firma
del acta constitutiva del flamante radio club, le otorgó la señal distintiva
LU1XZ. Se agregaron como miembros
fundadores algunos oficiales y suboficiales de

la Fuerza Aérea , todos
radioaficionados con licencia.
La vida de la flamante entidad fue efímera, ya que tras 48 horas de
permanencia en el hangar, el 23 de abril fueron desplegados los primeros grupos
con el propósito de montar una red que cubriría más de la mitad de

la Isla Soledad ,
en los montes que conforman las principales alturas en Malvinas, entre 600 y
800
metros , y a una distancia de 25-
30 kilómetros entre
cada puesto.
El compromiso era permanecer en los sitios
designados por una semana, en que se producirían los relevos para regresar de
inmediato al continente.
El traslado se hizo en los helicópteros Bell,
único medio posible para poder llegar a los lugares donde iban a realizar la
tarea y que operaban desde el hipódromo, donde se había montado el
helipuerto.
Con una pequeña carpa de alta montaña, bolsas de dormir y provisiones de
campaña, se formaron equipos de 2 radioaficionados y un soldado para la defensa de cada
puesto. La misión no solo era la
observación aérea, sino también brindar detalles sobre posibles movimientos
navales y terrestres.
La experiencia y el entrenamiento les permitió
estar en el aire enseguida. Todo lo
que llevaban eran handys IC2AT de ICOM para operar en VHF y por cada
puesto una base y una antena ringo que fue clavada entre las piedras con no más
de 10
metros de coaxil disimulado entre las piedras. De noche en la carpa se alumbraban con
una lamparita conectada a la batería.
de 110 amperes que disponían como única fuente de energía.

Por estar a buena altura, no
tuvieron problemas para estar en contacto permanente con el
Centro de Información y Control, instalado en lo que había sido hasta el 2 de
abril el Instituto Ionosférico de los Royal Mariners en Puerto Argentino. Allí la central de filtraje de la red
estuvo a cargo del Suboficial Mayor Alfredo Ocampo, de quienes dependían los LU,
siendo auxiliares el Suboficial Alvaro Portal LU5HF y el radioaficionado Carlos
Biasotto LU5HGW, uno de los mayores del grupo, fallecido hace
tiempo.
La orden recibida fue muy concreta, cambios
cortos e información precisa.
Las inclemencias del clima en esa época del año,
lluvia, nieve, bajas temperaturas (sensaciones térmicas de
3 a 5 grados bajo cero), vientos
promedio de
70 kilómetros por hora , complicaron el
trabajo.
La voladura de carpas y heridos o enfermos antes
del comienzo de las hostilidades obligaron a levantar puestos, y algunos
miembros del ROA afectados por neumonía debieron regresar al
continente.
En otros casos se asignó personal militar
que estaba destinado en Puerto Argentino, al advertirse que los radioaficionados
carecían de protección jurídica por ser civiles voluntarios, estando fuera de
las disposiciones del Pacto de
Ginebra y consecuentemente con el riesgo en caso de ser tomados
prisioneros, ser considerados espías y poder ser fusilados por el
enemigo.
De cualquier forma, unos pocos pudieron
regresar a Puerto Argentino y la mayoría se vieron sorprendidos en los
cerros el 1 de mayo, cuando los aviones Vulcan enemigos descargaron sus primeras
bombas en la zona del aeródromo buscando destruir la pista de aluminio, la torre
de control y el depósito contiguo de combustible de YPF que resultó
rápidamente impactado.
Junto con el comienzo de la guerra, también el
clima se transformó en otro enemigo más, con nieve, lluvia y viento
incesante. El cielo estuvo casi
siempre cubierto y por momentos se sumó una densa niebla con visibilidad casi
nula.
A los Sea Harrier ingleses se los veía y
escuchaba a toda hora, generando un tráfico constante de partes a
la Central de
Filtrado. Montaban guardia
alternándose cada tres horas fuera de la carpa durante toda la noche, ante la
sospecha que grupos de elite, con modernos medios visuales para desplazamientos
nocturnos pudiesen llegar a sorprenderlos.
Los helicópteros Bell siguieron operando,
acercando víveres y agua a los puestos y efectuando recambios por
efectivos destinados en Puerto Argentino, ya que el contingente que debía
reemplazarlos, del ROA de Río Gallegos, debió desistir tras dos fallidos
intentos por cruzar el Atlántico, ante el peligro que fuera alcanzado por algún
misil el avión que los trasladaba.
De esta forma varios
de los radioaficionados cordobeses y Poletti que fue el último en volver a
Puerto Argentino, se reencontraron en la planta alta de la que había sido la
lujosa residencia del Gobernador Rex Hunt, donde estaba funcionando el Centro de
Información y control.
Ya había pasado medio
mes desde el inicio de la guerra cuando llegó la orden de repliegue al
continente. En el viaje hacia el aeródromo en distintos vehículos, pasaron por
última vez por el Centro de Filtraje para despedirse, recibiendo la bendición de
parte del Padre Pacheco, capellán de Fuerza Aérea
El panorama al llegar
al aeródromo resultó desolador, con enormes cráteres en derredor, el edificio
seriamente dañado pero ocupado con camillas con heridos graves, que
debieron ayudar a cargar sobre el piso del Hércules. El avión debió volar tan cerca del agua
que las olas mojaban su nariz. El
silencio solo se vio interrumpido por los quejidos de los heridos. La
tensión y el temor de ser alcanzados por el fuego inglés, hizo que el cruce
fuese interminable. Por suerte cuando ya era noche el Hércules aterrizó en
Comodoro Rivadavia. Para el grupo llegó el momento de alivio, para la tripulación, volver a intentar
otro cruce arriesgando la vida, como todos esos días, mientras se pudo mantener
el puente aéreo.
En ese último viaje faltaron dos
radioaficionados: Julio Rotea (LU3HBR) de Villa Carlos Paz ya fallecido y
Terciano Zampieri (LU3HFU) hoy con
75 años, italiano nacionalizado argentino.
Cuando los fueron a evacuar, una tarde ya casi sin visibilidad, por radio
desde el helicóptero un oficial les dio la orden de abandonar el puesto 7 cerca
de Pradera del Ganso. Tenían 2
minutos para embarcar. Rotea y
Zampieri se negaron a cumplir la orden y en un gesto heroico decidieron
permanecer en el lugar junto a los soldados. Esta decisión permitió no sólo seguir
detectando desplazamientos aéreos enemigos, sino también facilitar la evacuación
de una patrulla atacada cerca de Fox Point.
Recién avanzado mayo fueron reemplazados por
personal militar y evacuados a
la Base
Condor en Darwin, donde continuaron codo a codo junto
a la tropa hasta el amargo día de la rendición, que consiguieron
mimetizarse junto a los otros prisioneros.
Nueve de estos radioaficionados, heroes civivles
voluntarios de Malvinas siguen activos en nuestra apasionante
actividad:
El doctor Ricardo Consigli, abogado, por
entonces LU5HDJ y hoy con licencia de 2 letras LU5HD, casi a diario en la banda
de 40
metros, Eduardo Maleh LU7HEO, jubilado bancario, quien
sale todas las tardes en modos digitales, y Terciano Zampieri LU3HFU y
Carlos Alberto Lo Re LU1HR, también jubilados y muy activos en 40
metros.
También siguen con presencia en la
radioafición, Erio Díaz de Cosquín LU3HHH, Roberto Parets LU1HGR,
Jorge Nágera LU8HJI y Sergio Ridelnik LU1HM (en el 82 LU5HLI), y Norberto Poletti LU5DLE de Haedo,
Buenos Aires, todos categoría Superior.
A propósito, es importante
recordar que en 1998 en un acto realizado en el Radio Club Córdoba, a todos los
radioaficionados veteranos de Malvinas que no habían alcanzado por ascenso la
categoría Superior, les fue otorgada de oficio por disposición del
entonces titular de la
C.N .C. Germán Kammerath.
Lamentablemente ya no están entre nosotros el
arquitecto Abel Ramírez LU9HBJ, Luis Monti LU1HLM, Raúl Botín LU1HAZ, Carlos
Biasotto LU5HGW, Juan Olivier LU4HFZ
y Julio Rotea LU3HBR.
Los restantes heroes anónimos de Malvinas, que
con el tiempo se alejaron de la radioafición pero igualmente merecen el
recuerdo y reconocimiento son con sus licencias de entonces: Enrique Font LU4HY,
Rafael Escuti LU9HCT, Enrique Guevara LU5HLA y Ramón Mansilla
LU7HJU.
Los colegas nombrados ofrecieron todo por la
patria, desde sus vidas a sus bienes afectivos y personales. No fueron preparados profesionalmente,
pero la entrega fue absoluta sin medir riesgos ni pedir recompensas. Por esta razón en enero de 1984
recibieron el Diploma de Reconocimiento “Al Servicio Distinguido en Tiempo de
Guerra”, otorgado por la
Secretaría de Comunicaciones con las firmas de Lucio Mansini y
el Director del organismo en ese momento Ricardo Román.
Estos radioaficionados no tuvieron en la prensa
el espacio que bien merecieron. La historia muy poco se ocupó de ellos, pese a
su heroico y patriótico desempeño. Para muchos argentinos, 30 años después, su
actuación en la
Gesta aún sigue siendo desconocida.
No fueron los chicos de la guerra, sí
fueron los únicos argentinos civiles voluntarios en la zona de operaciones
bélicas, con sus cuerpos al alcance del fuego de las fuerzas enemigas. Como radioaficionados debemos sentirnos
orgullosos y con la obligación, a
pesar que ya han pasado tres décadas, de difundir esta proeza y procurar
que nunca se olvide semejante entrega.
Será el mejor ejemplo para esta generación de
argentinos, por suerte sin haber vivido el horror de una guerra,
pero desafortunadamente sin modelos reales.
También para aquellos que por ignorancia, soberbia, envidia o
inferioridad, han pretendido destruir parte de los ideales, de la grandeza, de
la heroicidad de estos valientes hombres que dieron todo por su
patria.
Y no sería justo que en este homenaje no se
recuerde y reconozca también a cientos de radioaficionados argentinos, de
todos los rincones el país, que en aquellos días convocados por la entonces
Secretaría de Comunicaciones, dejaron de lado todas sus obligaciones para estar
junto a la radio día y noche en forma organizada, barriendo permanentemente las
bandas en procura de alguna señal o mensaje de la fuerza de tareas
colonialista. Otra palpable demostración de la importancia
de los radioaficionados en estas circunstancias, al servicio de

la Defensa
Nacional.